

Rufino Tamayo

DISCURSO  
DE INGRESO

SALUTACIÓN  
Héctor Fix-Zamudio

CONTESTACIÓN  
Jesús Kumate



## DISCURSO DE INGRESO

---



Rufino Tamayo

DISCURSO  
DE INGRESO  
(21 DE MAYO DE 1991)

SALUTACIÓN  
Héctor Fix-Zamudio

CONTESTACIÓN  
Jesús Kumate



Coordinación editorial: Rosa Campos de la Rosa

Primera edición: 2013

D. R. © 2013. EL COLEGIO NACIONAL

Luis González Obregón núm. 23.

Centro Histórico, C. P. 06020, México, D. F.

Teléfonos: 5789.4330 • 5702.1878 Fax: 5702.1779

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

Correo electrónico: [contacto@colegionacional.org.mx](mailto:contacto@colegionacional.org.mx)

[colnal@mx.inter.net](mailto:colnal@mx.inter.net)

Página: <http://www.colegionacional.org.mx>

SALUTACIÓN  
POR EL DOCTOR HÉCTOR FIX-ZAMUDIO



Sr. Presidente del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

Sr. Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México

Sr. Director del Instituto Politécnico Nacional  
Maestro Rufino Tamayo

Doctor Jesús Kumate

Miembros del Colegio Nacional

Miembros de la Mesa de Honor

Señoras y señores:

**E**n mi calidad de Presidente en turno del Colegio Nacional me ha correspondido el honor y el agrado de dar la más cordial y entusiasta bienvenida, en nombre de todos los miembros del propio Colegio, al ilustre Maestro Rufino Tamayo, que en esta solemne ceremonia toma posesión como nuevo miembro de esta Institución.

El objeto de esta breve salutación no es, ni podría serlo, destacar los méritos del Maestro

Tamayo, tan conocido por sus excepcionales aportaciones a la cultura mexicana y a la universal, por lo que sería superfluo de mi parte cualquier intento de señalar sus indudables merecimientos, sino expresarle que esperamos con emoción sus palabras, que para todos nosotros constituyen un significativo mensaje, que constatará otro de los distinguidos miembros del Colegio Nacional y Secretario de Salud, el Doctor Jesús Kumate.

Estamos convencidos que la presencia y la participación del Maestro Tamayo enriquecerán de manera considerable las actividades culturales del Colegio Nacional, el que por mi conducto lo recibe con orgullo y satisfacción.

El Maestro Tamayo tiene la palabra para presentarnos su discurso de ingreso.

## DISCURSO DE INGRESO



Celebro vivamente que las puertas de El Colegio Nacional se abran el día de hoy a hombres cuya experiencia sirve a nuestra cultura, precisamente porque han superado con vida y trabajo ese límite de la edad que antes se las cerraba. Esta excepcional circunstancia otorga un significado particular al hecho de pertenecer a esta comunidad intelectual en el presente momento de mi larga vida pictórica. Me da la oportunidad de comprometer mi experiencia, una vez más, con la elevación y el enriquecimiento de la cultura en México y me confirma, con las visibles muestras del valor de este reconocimiento, las cualidades humanas de quienes saben expresar generosamente la resonancia que en ellos tienen nuestras obras. Agradezco de un modo especial por ello, la iniciativa entusiasta del doctor Jesús Kumate para hacer que mi presencia aquí fuera posible, no obstante el límite temporal que restringía la colaboración de hombres experimentados al impulso de la cultura mexicana.

Esta consideración me honra, como me honra recordar que entre los fundadores de esta comunidad que congrega la universalidad del saber, Diego Rivera y José Clemente Orozco representaron, hace casi medio siglo, a la pintura, y que a mí me toca representarla ahora. Evocar hoy estos nombres es hacer patente la considerable contribución de la pintura al desarrollo cultural de nuestro pueblo, así como el conjunto de cambios que hemos vivido desde entonces. El tiempo ha dado una dimensión real a las polémicas, a las ideas encontradas y a las tentativas. Ha mostrado la inexistencia de un solo camino y ha conciliado las oposiciones en la necesidad de las búsquedas diversas. Siempre pensé que la pintura debe nacer de una exploración incansable y estar en abierta comunicación con todo lo que afecta a las demás actividades humanas y a la realidad. Así será una expresión verdaderamente universal. Hoy encuentro una clara resonancia de esas ideas en este lugar presidido por el doble espíritu de la libertad y la universalidad del conocimiento. Libertad que se alcanza gracias al saber, pero también, como he comprobado largamente con el ejercicio de la pintura, saber que se alcanza gracias a la libertad y que, siendo una expresión personal genuina, alcanza también una signifi-

cación universal. Una afinidad profunda me une a esta comunidad, si es éste el espíritu que la sustenta y que de ella emana.

Por mi lado puedo afirmar que mi trabajo ha sido guiado siempre por la convicción de que el arte, cuando verdaderamente lo es, consiste en una manifestación absoluta de la libertad de expresión. Expresa la libertad de quien lo hace y propone la libertad a quien lo contempla, el libre juego de sus impulsos y sentimientos más íntimos. Nunca es una visión única y cerrada impuesta al espectador, sino nuevas ventanas a su sensibilidad y a su imaginación. Para el artista, no puede ser otra cosa que un mundo por explorar y un conjunto de problemas siempre nuevos. Desde muy joven viví la disyuntiva entre seguir un camino marcado o buscarme a mí mismo en senderos desconocidos y tal vez de difícil acceso o frutos estériles. Preferí experimentar porque estaba convencido de que la ruta académica, la de reproducir con exactitud la realidad, no podía corresponder a la naturaleza del arte, que no consiste en mostrar la apariencia sino la esencia de las cosas. Cómo se ha de capturar esa esencia, es algo incierto, depende de la sensibilidad, del espíritu y el trabajo de cada individuo. Y en esa incertidumbre muchos se pierden. Pero la promesa de una obra nueva

vale ese riesgo, ese riesgo es el ejercicio de la libertad, bajo cuyo signo podemos recorrer todos los caminos.

El encuentro de sí mismo al que debe aspirar todo artista en sus inicios nace entonces de la rebeldía, de la insatisfacción con lo dado y, sobre todo, con el destino que nos imponen la sociedad y los mayores. Se construye y se crea a riesgo de destruir lo que se hereda, lo que se ama. Hasta una herencia, por rica que sea, debe rehacerse y renacer en nuestras manos. Un pintor responde con cada cuadro a la pregunta: ¿qué es la pintura? Su respuesta puede ser una pero sus formas son muchas, porque la respuesta puede ser tan vasta o tan rica que una vida no es suficiente para acabar de demostrarla. Yo he tenido el gozo de ir descubriendo mi alma en cada trazo, en cada forma, en cada color llamado a despertar una emoción. Esto no hubiera ocurrido sin la posibilidad de encontrar cada vez nuevos problemas que resolver, dificultades que superar para dar una forma más acabada a mi idea de la pintura. No encuentro otra explicación a la pasión de pintar que ha vivido conmigo hasta ahora, que me acompañará siempre.

Los problemas fundamentales de un pintor son de orden técnico. ¿Cómo producir el

equivalente justo de lo que vemos? ¿Cómo testimoniar esos otros mundos que subyacen en el nuestro, que son inseparables de él pero tal vez invisibles para la mayoría de los hombres? Con frecuencia se habla del mundo de un pintor. Yo creo que ese mundo es un mundo de todos, extraído de la realidad, pero sentido y revelado por primera vez por el pintor. Sólo en esta acepción limitada usamos la palabra creación. Creamos mundos, y esos mundos pueden aspirar a ser autónomos, a ser entendidos por su orden propio y sus propias leyes, pero nunca dejan de ser metáforas de nuestra realidad. Metáforas, no reflejos o copias. Por eso los objetos y los seres que miramos todos los días pueden habitar esos mundos diferentes, ser parte de ellos. La realidad es así desdoblada, multiplicada, vista por dentro. No se revela su sentido sino sus sentidos; nos hallamos no ante un significado sino ante una multiplicidad de significados. La pintura obedece a ese modo de sensibilidad o pensamiento que llamamos poético, por contraposición al que podemos designar ideológico. Aunque en el curso de su historia la pintura se ha preocupado por transmitir contenidos ideológicos de diversas clases, no ha hallado su sustento, aquello que la mantiene viva, en la ideología. Han muerto las pasiones políticas o

religiosas que pudieron servir de tema a los pintores de distintas épocas, pero sus trazos, sus formas y sus colores sobreviven. No juzgamos el valor de una pintura por su tema o sus ideas sino por sus cualidades plásticas y su capacidad para significar en el orden de lo poético.

Yo me he sentido vinculado siempre a este realismo poético que se dirige más a los sentidos y a los instintos que a la razón del espectador. La comunicación poética exige al espectador una actitud creadora y el ejercicio de su libertad interpretativa lo pone en contacto con la complejidad de nuestro mundo y con la necesidad de la mirada profunda y comprehensiva, sensible a la belleza y al gozo de las cosas. Por eso una de las funciones esenciales de la pintura es proveer a la vida humana de una atmósfera poética. Si esto es así, ¿cómo no concluir que la principal preocupación del pintor es hallar los recursos, los instrumentos, los secretos técnicos de la plástica, para la creación de esa atmósfera? Son las soluciones plásticas, las cualidades pictóricas, las que producen la poesía de un cuadro, su condición de objeto sugerente y evocador. Yo he procurado llamar la atención con mi obra sobre la necesidad de reivindicar las cualidades puras de la pintura como el sustento principal de su valor y su significación.

Estoy convencido de que este objetivo debe conducir a una revaloración del hombre por el hombre. Si nuestra sensibilidad despierta y se agudiza, si advertimos en la realidad otras dimensiones, su profundidad; si para nosotros lo humano representa un misterio pero al mismo tiempo una experiencia gozosa y lúcida, seremos cada vez más humanos. El arte nos provee de nuevas visiones de la realidad y ejercita así nuestra imaginación y nuestra comprensión, tantas veces ansiada, de nuestro papel en el mundo. Nos permite entender qué somos y, sobre todo, qué podemos llegar a ser de acuerdo con nuestra naturaleza. El hombre, antes que un ser, es un proyecto. Sus actividades más plenas son la promesa de la realización de ese proyecto que encierra su naturaleza, el conjunto de sus potencialidades. Un arte al servicio del hombre es aquel que le da ojos y manos cada vez más sensibles y el que le procura la posibilidad de una vida plenamente humana.

El mundo de hoy —debo decirlo no sin un profundo desencanto— nos afirma en la creencia de la necesidad que el hombre tiene aún de ser humanizado. El prodigioso número de cambios suscitados por los avances científicos y tecnológicos de nuestro siglo ha tenido como consecuencia, particularmente durante

su segunda mitad, un sensible proceso de deshumanización. Rodeado cada vez por más máquinas e instrumentos mecánicos, el hombre ha ido convirtiendo gradualmente su vida en una suma de acciones maquinales. Se ha olvidado en muchos casos la necesidad de la tendencia contraria: considerar a la máquina como una extensión de las funciones del hombre, como un objeto de dimensiones y sentido humanos. Ha ido surgiendo un tipo humano regido por la tecnología, obsesionado por las cosas, afanoso de situarse en la punta de las innovaciones y de un mal entendido bienestar.

Me pregunto si este mundo confortable que nos ha dado la tecnología nos ha hecho más humanos, más lúcidos, si ha sido acompañado por el progreso intelectual de las sociedades del planeta. Creíamos haber entrado a una nueva fase de la Historia, a un punto tal vez más alto de la civilización, cuando el momento que vive el mundo deshace las ilusiones y los espejismos de una superación humana. Hoy, nuestros mismos inventos, nuestros grandes avances técnicos y científicos, son los brazos de la irracionalidad, la crueldad, la soberbia y el crimen. Más aún, la perversidad y el absurdo tienen hoy excelsos modos de expresión. Nunca como ahora las ideologías, esgrimidas con un grado de

inmoralidad que asombra, habían podido ser tan fatuas y terribles. Muchos hombres, muchos proyectos de vida individual, perecen hoy en el juego de las amenazas, las traiciones y esas acciones criminales que muchos se empeñan en llamar guerra. Y esa tragedia que nos afecta a todos, hace apenas algunos meses se ocultaba y se amenazaba con extenderla, materialmente, al planeta y al resto de la humanidad.

¿Donde encontrar, entonces, el sustento de una humanización tan necesaria para anteponer la palabra “no” a este absurdo estremecedor? El hombre cuenta con muchos terrenos donde explorar. El arte es uno de ellos. Es el terreno de lo instintivo, de las sensaciones, de aquello que muchas veces es más profundo en nosotros que nuestra opinión o nuestras ideas. Ha terminado una era de cambios radicales y experimentos que con frecuencia derivaron hacia expresiones meramente intelectuales. Hoy estamos ante la necesidad de volver al humanismo, de combatir la deshumanización provocada por la técnica, la inflexibilidad de las ideologías y el exceso de racionalismo, fenómenos que han invadido las propias manifestaciones artísticas. Para mí, esta realidad ha sido clara desde el término de la Segunda Guerra Mundial, cuando se hizo evidente la urgencia de que los artistas reflexionáramos

sobre las consecuencias de los cambios inherentes al inicio de una nueva era. El arte debe reflejar los cambios originados por la ciencia y el desarrollo tecnológico, precisamente porque debe continuar su evolución, y su evolución es la del hombre y sus problemas. De este modo se convierte en un elemento esencial y complementario para el equilibrio de una civilización donde el humanismo puede encontrar un lugar.

Tal vez por ello mi camino en la pintura ha sido el de la figuración. Mi pintura está habitada por las formas de nuestro mundo visible y, como centro de ellas, por el hombre. Naturalmente, esa presencia de las cosas en mis cuadros no es a través de la copia sino de la deformación o transfiguración poética encaminada a mostrar su esencia. Sólo así mi lenguaje plástico habla del mundo: dirigiéndose a los sentidos y buscando resonancias en la imaginación del espectador. Testimonia procesos interiores, convicciones íntimas, nuevas visiones de la realidad, y hace residir en la figuración y en sus efectos sensibles, más que intelectuales, su clara vocación humanista. Las horas críticas colocan al hombre en el centro de todo y es entonces cuando un arte de esta tendencia, que persigue la universalidad, hace más palpable su razón de ser. Por la vía del equilibrio entre lo objetivo y

lo subjetivo, el artista llega a ser testigo de su tiempo.

Si esto es verdad, la pintura tiene una evidente función social. El pintor no puede ser ajeno a la política ni a la transformación de la sociedad. El realismo abarca también estas realidades. En lo que a mí concierne, no he creído que esta preocupación por la dimensión humana deba ceñirse a las dimensiones del cuadro. El artista, como cualquier ciudadano, debe participar vivamente en el desarrollo de la sociedad a la que pertenece. Su actividad, por particular que sea, no lo exime de sus compromisos sociales. Una de las mayores satisfacciones que he recibido de la pintura es la posibilidad de compartir con mis semejantes los bienes que ha traído a mi vida. No menos que la ilusión de realizar una obra que signifique a los demás en el orden del espíritu, durante estos años me ha alimentado, junto con mi esposa, la de convertir nuestros esfuerzos en objetos tangibles, concretos, de cultura para todos y de bienestar para quienes lo necesitan. Por ello, nos cabe el gusto de haber ideado y realizado obras sociales que se traducen, aquí y ahora, en beneficios para una comunidad particular y concreta, la nuestra. Esfuerzo que perdura en nuevos proyectos, en el deseo permanente de hacer, tanto en el

asombroso ámbito de la cultura como en el de las necesidades más imperiosas de nuestra sociedad.

Tales han sido las convicciones que han marcado mi línea de conducta y me han permitido hermanar la pintura con la vida. Creo en el oficio, en el paciente cultivo de las facultades y la técnica, pero también en la pintura como una forma de felicidad, como un instrumento para la vida y un acto diario como caminar o comer. Es algo que, ejecutado por la libertad, libera. Y lo hace porque es una forma de conocer, un acto de comprensión. Hoy, para mí, una prueba de sus aspiraciones universales y de su infinita capacidad de comunicación y de relación con todo lo humano, es este acto que me integra, significativamente, a esta alta comunidad del saber de México.

CONTESTACIÓN  
POR EL SEÑOR JESÚS KUMATE



Dr. Héctor Fix-Zamudio, Presidente en turno de  
El Colegio Nacional

Dr. José Sarukhán Kérmez, Rector de la Univer-  
sidad Nacional Autónoma de México

Lic. Víctor Flores Olea, Presidente del Consejo  
Nacional para la Cultura y las Artes

C. P. Óscar Joffre Velázquez, Director general  
del Instituto Politécnico Nacional

Maestro Rufino Tamayo

Sra. Dña. Olga Flores de Tamayo

Señores Miembros de El Colegio

Señoras y señores:

**E**l Colegio Nacional después de una larga  
mora, recibe al más ilustre de los pinto-  
res mexicanos, el Maestro Rufino Tamayo.  
Regulaciones estatutarias, límites de edad y pre-  
cisiones de residencia se habían interpuesto para  
impedir que un mexicano eminente por tantos  
conceptos, ocupara la cátedra más alta de la Re-  
pública. El regocijo es general.

El ingreso del Maestro a esta comunidad de cultura es el reconocimiento tardío a un mexicano universal cuyos méritos indiscutibles le han valido todas las distinciones, todos los premios, doctorados, condecoraciones, exposiciones retrospectivas y las opiniones laudatorias de los críticos más exigentes de todo el mundo. Su obra pictórica y escultórica encargada, buscada y coleccionada por particulares y por todos los museos de arte, son pruebas de su valor como obras de un artista que ha sabido buscar y encontrar soluciones únicas en el eterno problema de la esencia de la realidad humana.

El ingreso de un nuevo miembro de El Colegio Nacional es siempre un acontecimiento en la vida cultural de México; después de los quince fundadores, fueron muy conspicuas, en su tiempo, las recepciones de Don Silvio Zavala, de Guillermo Haro, de Octavio Paz, de José Ádem, de Miguel León-Portilla, de Marcos Moshinsky, de Carlos Fuentes, de Ruy Pérez Tamayo, de Beatriz de la Fuente o de José Emilio Pacheco.

Nos congrega ahora un ingreso largamente esperado por nuestra comunidad. El Colegio Nacional recibe a un artista mexicano que durante más de 70 años ha trabajado cotidianamente en la búsqueda de expresiones plásticas de la realidad. A lo largo de su vida ha creado belleza, ha

investigado, a través de formas y colores, lo que hay detrás de lo aparente y de lo que existe más allá del horizonte.

Mexicano que accedió a la vida racional en los albores del siglo XX, el Maestro Tamayo creció y se desarrolló en un tiempo de cambios fundamentales en la ciencia acerca de las concepciones del espacio, el tiempo, la mente, el origen de la vida, la percepción de los mensajes y señales del medio ambiente, el mejor conocimiento de la individualidad y de la diversidad biológica, así como de los progresos en la comunicación que han hecho del planeta una aldea electrónica.

En lo social este siglo es de luces y sombras, de progresos y retrocesos; adelantos en la convivencia social enmarcados por una serie interminable de catástrofes bélicas cuyo horror, todos los artistas han expresado según su sensibilidad.

En el Maestro sus obras artísticas y actividades personales dan testimonio de su involucración en esas desdichas humanas. Ante la degradación ambiental su representación de la mariposa monarca que SEDUE ha tomado como emblema, conjunta su preocupación por temas ecuménicos y la maestría para crear una obra de arte incomparable.

Para un mexicano nacido en Oaxaca y traído al D. F. en 1907, los estímulos de la realidad en forma de expresiones de culturas precolombinas, monumentos coloniales y de la modernidad, aunados a la riqueza cromática nacional, de la visión en la por entonces región más transparente del espacio, fueron sin duda influencias definitivas para fijar sus raíces, que en su búsqueda permanente y siempre inacabada de lo universal, nunca ha olvidado su origen ni perdido un ápice de su mexicanidad.

En la obra del Maestro asombra su pasmosa productividad, resultado de una laboriosidad disciplinada, largas jornadas de trabajo, de meditación con el pincel en la mano. Hay que remontarse a Miguel Ángel, al Tiziano, a Rubens o más recientemente a Picasso para encontrar un legado artístico comparable. Para nuestra gran fortuna, Rufino Tamayo sigue enriqueciendo el patrimonio artístico universal.

Como todos los creadores el Maestro ha sido un investigador permanente, libérrimo, sin concesiones aun al precio de ser durante varias, muchas décadas, un exiliado espiritual de su patria. Nunca ha dejado de experimentar, con oficio cada vez más dominado, si tal fuera posible, las formas y los colores para realizar lo escrito por Santayana: “El arte como la vida,

deben ser libres ya que ambos son experimentales”.

En la obra del Maestro Tamayo, amén de su curiosidad inagotable por explorar y encontrar la esencia de las cosas, de su dedicación permanente a usar y perfeccionar la técnica pictórica y del enfoque humanista de su actividad, ha contado de manera fundamental su percepción de los colores. La retina de Rufino Tamayo es única, él puede captar matices, tonalidades y brillos para los que los otros ojos humanos son ciegos e incapaces de imaginar hasta que salen de su paleta.

Ante un cuadro del Maestro es evidente que la realidad de lo visible no es la visibilidad presente en la pintura realista. La realidad resulta mucho más compleja, elusiva en grado sumo y ciertamente no asequible a la experiencia convencional.

La investigación neurofisiológica ha encontrado que la percepción de los colores reside en las células llamadas conos de la retina, que hay tres clases de conos con pigmentos cuyas sensibilidades máximas se encuentran a longitudes de onda de 450, 535 y 565 nm y que la percepción cromática no es función de la radiación que llega a los fotorreceptores sino la resultante computarizada de los valores de las tres longi-

tudes de onda. ¿Cómo es que de los tres valores se tiene un solo color? Resulta un punto en un espacio tridimensional cromático equivalente a un color del espectro. Es obvio que desde la retina hasta el área occipital, el Maestro está dotado de una capacidad para distinguir, entre los colores del espectro de Newton, muchos intermedios así como de nuevos mediante la combinación de los por él percibidos, que al resto de los mortales no nos es dable ver ni observar, sólo contemplar.

El éxito y la nombradía del Maestro son la consecuencia de su búsqueda incesante por encontrar pictóricamente, la esencia de la realidad. Dufy señaló que “Pintar es hacer aparecer una imagen que no es la apariencia natural de las cosas pero que tiene la fuerza de la realidad”, para esto Tamayo es descollante en grado superlativo. ¿Qué es la realidad? En el presente siglo la teoría de los quanta, la teoría de la relatividad, el principio de incertidumbre, la estructura atómica y la profusión de partículas subatómicas, la fisión nuclear, la fusión termonuclear, la tunelización, la antimateria, la expansión del universo y los hoyos negros, nos plantean realidades subsensibles y suprasensibles que tornan muy endeble a la realidad perceptible a nuestros sentidos.

Los pintores contemporáneos han sido adelantados en la exploración a profundidad de nuestro mundo; dado que los colores hablan todos los idiomas y sin olvidar a Poussin: “Los colores en la pintura son como trampas que persuaden a los ojos, como la belleza de los versos en la poesía”, el Maestro ha transformado las formas, ha alterado las proporciones, ha inventado nuevos colores, ha dado otro sentido a la perspectiva y ha creado belleza que se ha impuesto, aceptada en un tiempo en el que nada es cierto y todo está en duda, cuando el hombre del siglo XX se siente diferente a lo que había sido desde el Renacimiento a un costo que ignora y consecuencias imprevisibles.

La figura humana aparece en los cuadros del Maestro, ya sea como sujeto de estudio para explorar e indagar sobre un tema universal, como punto de partida en la representación de acciones o situaciones que conciernen a toda la humanidad y siempre como el motivo de atención en su pesquisa, a través del arte, de la incógnita de la vida.

Si como se lee en las *Analectas* de Confucio: “Virtud es amar a los hombres, sabiduría es entenderlos”, el Maestro es un sabio virtuoso. En su obra a fuerza de buscar la esencia de lo real, al eliminar lo secundario, el adorno

y lo superfluo ha llegado como investigador a conocer respuestas a preguntas fundamentales y simultáneamente ha sabido integrar plásticamente el conjunto de sensaciones, emociones, deseos, conflictos y realizaciones que constituyen la existencia humana.

“A los pintores y a los poetas —escribió Horacio en su *Ars Poética*— siempre les fue permitido intentar algo dentro del límite”; para el Maestro un creador (poeta) de colores, su manejo innovador de las formas le ha permitido traspasar los límites de la relación áurea, de las combinaciones cromáticas convencionales y enriquecer el patrimonio artístico universal con su visión del mundo enraizada en su origen mexicano en el entorno cósmico.

La expresión de admiración de los pintores japoneses que visitan el estudio del Maestro Tamayo es muy significativa: cuando se despiden, al retirarse no conciben darle la espalda y hacen prodigios de malabarismo para bajar las escaleras. Para consideración semejante habría que recordar cuando Carlos V posando para Tiziano, al caer un pincel del Maestro de Cadore, el César lo recogió del suelo y lo entregó al artista.

En el Consejo de El Colegio Nacional era unánime nuestra desazón, para mí vergüenza, por la ausencia del Maestro Tamayo; las razo-

nes, sinrazones de la letra retorcían e invalidaban el espíritu del Estatuto. Recordaba que la Academia de Francia, al percatarse tardíamente que Molière no había ocupado un sillón entre los 40 inmortales, erigió un busto en el patio de entrada con la inscripción: “Nada faltó a su gloria, él hizo falta a la nuestra”.

Maestro Rufino Tamayo, al ingresar formalmente a esta Casa, podemos decirle: “Nada hacía falta a vuestra gloria. Usted hacía falta, muchísima falta, a la nuestra”.



El doctor Héctor Fix-Zamudio, Presidente en turno de El Colegio Nacional, pronunció las palabras de bienvenida al Maestro Rufino Tamayo.



Un aspecto de la ceremonia de ingreso del Maestro  
Rufino Tamayo, a El Colegio Nacional.



El doctor Jesús Kumate contestó al discurso del Maestro Rufino Tamayo.



Maestro Rufino Tamayo.  
miembro de El Colegio Nacional.



## ÍNDICE



Salutación, por el doctor Héctor Fix-Zamudio.....	7
Discurso de ingreso, del Maestro Rufino Tamayo.....	11
Contestación, por el señor Jesús Kumate.....	25



Se terminó de imprimir el 30 de agosto de 2013 en los talleres de Impresos Chávez de la Cruz, S. A. de C. V., Valdivia 31, Col. Ma. del Carmen, C. P. 03540, México, D. F. Tel. 5539 5108. En su composición se usó el tipo Garamond de 10.5:12.5, 9.5:12.5 y 8.5:10.5 puntos. La edición consta de 1000 ejemplares. Captura de textos: Ma. Elena Pablo Jaimes; composición: Rebeca Rodríguez Jaimes y Laura Eugenia Chávez Doria. Editor: Hildebrando Jaimes Acuña.